

Palabras pronunciadas por Pedro Antonio Eduardo G., Rector,  
en el Congreso Internacional Ciencia,  
Investigación e Innovación para el Desarrollo Sostenible  
Celebrado en Sto. Dgo., Hotel Dominican Fiesta,  
7 de diciembre, 2009

Señoras y señores:

El propósito de este evento es reflexionar sobre la importancia de la ciencia, la investigación y la innovación para el desarrollo sostenible de los países, y, de manera particular, para la República Dominicana.

Es un evento de carácter internacional que se organiza en colaboración con la Universidad Complutense de Madrid y la Academia de Ciencias de la República Dominicana, en el marco del proyecto “Políticas Científicas y de Desarrollo Aplicadas a la República Dominicana”, ejecutado desde el 2001, bajo el patrocinio de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

El Instituto quiere manifestar su complacencia, porque estamos continuando el trabajo que inició en el 2007 con el proyecto “Formación de Grupos de Investigación y Profesores en las Universidades para el Desarrollo e Innovación de su Sistema Nacional de I+D+I”, que se realiza con la Agencia Española, ya citada, y con la colaboración de la Secretaría de Estado de Educación Superior, ciencia y Tecnología, la Secretaría de Estado de Educación, la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, el Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio, y la contraparte española, la Universidad Complutense de Madrid.

En la realidad Latinoamericana, podemos distinguir tres tipos de universidades, de acuerdo a José Joaquín Brunner:

El primero, formado por universidades complejas, comparables a las de los países desarrollados, con un buen equilibrio entre docencia, investigación y servicio a la sociedad. Aparecen, casi exclusivamente, vinculadas a cuatro grandes clústeres: México D.F., Santiago de Chile, Buenos Aires, y a unas cuantas ciudades de Brasil como Sao Paulo, Río de Janeiro, Campinas. Entre todas, no llegan al 3%.

Un segundo grupo de universidades importantes de las principales ciudades del continente, bien organizadas, con un buen cuadro de profesores y un impacto significativo en sus respectivos países, pero más centradas en la docencia y que sólo tienen algunas unidades aisladas de investigación, aunque muchas de ellas con cierto avance y vinculación internacional. Estimamos que constituyen no más del 7% de la realidad universitaria latinoamericana.

El resto, un 90%, son universidades centradas en la docencia, con poquísimos niveles en el área de investigación y un aporte muy limitado a los contextos sociales a los que se deben.

En los países en vías de desarrollo se encuentra el 25% de los científicos de todo el mundo y el 5% de los fondos para investigación, pero nuestro aporte al grueso de la ciencia es del orden del 1%; lo que parece indicar que no es, esencialmente, un problema económico ni de disponibilidad de personal. En Latinoamérica se requiere, con urgencia, una ciencia verdaderamente útil a la sociedad, como señalaba enfáticamente la Conferencia Mundial de la UNESCO sobre Educación Superior, celebrada en

París en 1998, para la cual los mayores retos de la universidad en el siglo XXI son la pertinencia y la calidad de su labor.

Mucho se ha escrito sobre la incidencia de la ciencia y la tecnología en el desarrollo sostenible, y quizás, se ha hecho muy poco en lo referente a la operacionalización de las consideraciones teóricas. En esta ocasión, el tema se centra en el planteamiento de estrategias nacionales y regionales para afrontar los retos de una sociedad orientada a la globalización y que exige, en una situación de crisis, nuevos puntos de vista, enfoques e innovaciones, y más acciones y mejor dirigidas.

El valor del conocimiento científico es incuestionable, en cuanto da luz en la comprensión de los fenómenos naturales y sociales, deleita el espíritu y ensancha los linderos de la ciencia.

El Cardenal Jhon Henry Newman, erudito del siglo XIX, inspirado en una máxima de Cicerón, según la cual “sólo el hombre posee la capacidad de buscar y perseguir la verdad”, definió la función de la universidad ideal como la búsqueda del conocimiento por sí mismo.

Pero sabemos que en la actualidad, la universidad asume que sus funciones sobrepasan la visión de Newman. Debe abarcar la utilización de los conocimientos adquiridos con el objetivo de aumentar, directa o indirectamente, el bienestar material, la felicidad y el confort de la humanidad.

En nuestros días, la enseñanza superior se considera una institución destinada no sólo a ampliar conocimientos y a formar jóvenes, sino también a difundir y aplicar esos conocimientos (La Educación Superior en el Siglo XXI. Visión y Acción. UNESCO, Paris, octubre, 1998). No podemos perder de vista el fin de la ciencia, en cuanto a su bondad como vía de desarrollo de los pueblos y, esencialmente, como propulsora de soluciones a favor de la humanidad. Es preciso, por tanto, lograr el equilibrio entre la investigación básica y la aplicada.

Dentro de este marco de referencia, podemos ponderar los aportes de la neurociencia, cuyos avances han permitido descifrar, intrincadas complejidades en trastornos cerebrales, y comprender procesos relacionados con la conducta y el aprendizaje.

Una de las grandes preocupaciones en el mundo moderno, que serán tratadas en este encuentro, es el problema de la calidad de vida, tan lastimosa en muchos pueblos de la tierra, así como el deterioro del medio ambiente cuya situación es más grave de lo que se percibe. Ambas temáticas, hoy en el foco de atención de la investigación como cuestiones relevantes.

La sociedad del conocimiento del Siglo XXI, debe hallar métodos efectivos para que la investigación científica sea, en mayor grado, un motor esencial en el crecimiento económico. Estamos en el Año Internacional de la Creatividad, ya concluyendo. Esta es una competencia que la escuela tiene la responsabilidad de estimular. Ojalá que esta nominación haya dejado sus

efectos, y que puedan evidenciarse, en un futuro no lejano, un impulso renovado de la ciencia y la tecnología de la región.

Hay un aspecto, al que queremos hacer especial alusión, que se tratará en la última conferencia del Congreso, aunque es el primero en relevancia y pertinencia, en momentos en que la pérdida de valores, en todas las dimensiones de la sociedad, es alarmante y prevalece la búsqueda de dinero, prestigio, poder, a toda costa. Nos referimos a los compromisos éticos de la ciencia y la tecnología. La ética debe guiar la producción y aplicación del saber científico y hacer que los intereses comunes sean prioritarios, en todas nuestras acciones.

Auguramos éxitos a los participantes en este importante evento, y agradecemos, muy sinceramente, a tantos profesionales valiosos que han dejado al margen sus deberes profesionales y personales para apoyar a la República Dominicana en esta reflexión, y a las diversas instituciones, nacionales e internacionales, que nos respaldan en esta y otras iniciativas, las cuales responden al empeño del Instituto, por hacer de la educación dominicana, y de manera puntual de la formación docente, una labor altamente calificada.

Muchas gracias